

LOS ANTI-SISTEMA SON ELLOS

ESTER CARRILLO BENEDITO

Image not found.

Capítulo 1

Fuera. El cielo sigue con su agenda cotidiana. Cielo independiente y ajeno. Limpio de nubes. Vestido de luz otoñal, todavía amarilla pero ya manchada de azules cortantes. Dentro. Los pasos de Clara, obertura de firme y rítmico desorden, danza de una tempestad contenida. Llena el depósito de café hasta la mitad y pone la cafetera sobre el fuego. Da un respingo. La retira para abrirla de nuevo. Satura esta vez el espacio, apretando con rabia el grano molido contra el metal. ¿Qué importa ya?, piensa.

Roberto. Insomne. Sentado desde el día anterior en la misma posición. Su aspecto, una barba descuidada, ojos cansados de masticar rabia. Escultura colosal, erosionada, decadente. Mira el cielo, todavía grávido de noche. Prefiere seguir escondido en la negrura. Su familia esfumándose del horizonte. Un ancestral sentimiento de humillación le empuja lejos de la tribu.

Laura despierta con los primeros golpes y corre a refugiarse entre las piernas de la madre. Clara la toma en brazos y sigue esperando que salga ese café contundente en el sabor. Los golpes vuelven a sonar. Esta vez más fuerte. La mujer deja a la niña en el suelo con calmada ceremonia. Sale de la cocina manteniendo esa fingida normalidad. Acto seguido corre hasta el origen de los golpes, estrellando su cuerpo contra la puerta principal del hogar.

-¡Llegáis una hora antes, asquerosos!- el insulto es su única licencia. – Llegan una hora antes, Roberto- repite en un intento más de sacar del letargo a su esposo. Pero Roberto no tiene fuerzas ya para escupir el tormento. Si acaso aprieta un poco más los dientes. Pero ésto Clara no lo ve.

-Señora Gutiérrez, tiene que abrirnos. Si no lo hace, llamaremos a la policía.

-¡Usteden hagan su trabajo miserable, hagan lo que tengan que hacer! ¿Me oyen? Para eso les pagan.

A Clara le falta aire. Se asoma a la ventana. Fuera. Un mundo que seguirá en movimiento para que nada cambie. Obreros fumando en la parada de autobús, coreografía de farolas apagándose, un comercio que chirría sus puertas al abrirse. Los latidos del barrio continúan su rutina mientras aquella vecina, testigo inevitable, esconde su vergüenza tras las cortinas.

Los golpes siguen en la puerta, ahora acompañados de la voz impersonal de un policía que anuncia el procedimiento de desahucio. Clara distingue otra voz, la del trabajador social. Va a por Laura, la toma de nuevo en

brazos, apretándola, deseando abrir sus carnes para ocultarla allí.

La puerta se abre con el golpe más fuerte de todos y las cartas del banco, amontonadas en el mueble recibidor, se esparcen por toda la estancia sin hacer ruido. Un silencio pastoso se adhiere a las paredes. Silencio en el miedo de Clara, en el llanto ahogado de Laura, silencio cuando el cuerpo de Roberto, atravesando la ventana, se zambulle en ese cielo independiente y ajeno.

Capítulo 2

Los recuerdos comenzaban a esfumarse en el azul turbio de sus ojos. La mirada apuntaba hacia mí, pero se derramaba en otro lugar a mis espaldas, sobre el retrato de Santiago Carrillo. El primer comunista del periodo democrático español era la única decoración de aquel espacio de luces apagadas. La casa de mis abuelos era un viaje a la postguerra y sus estrecheces. Ya podían permitirse algún lujo, pero no sabían hacerlo.

- Abuelo, háblame de la Guerra.

Entonces volvía por un momento a la realidad, y retomaba su actividad con las migas esparcidas en la mesa que compartíamos. Las juntaba una a una, por minúsculas que fueran, presionando sobre ellas con su dedo para ir haciendo un montoncito.

- ¿Recuerdas el día que comenzó?

Pero mi abuelo seguía refugiado en el silencio, concentrado únicamente en agrupar todas las migas. Yo quería que me contara cómo había ocurrido todo desde su vivencia. La Guerra Civil Española eran apenas dos párrafos en los libros de texto del colegio, pero yo había leído a Miguel Hernández y a Lorca y quería saber más. Las preguntas se atascaban en mi boca, empujándose unas a otras para salir primero ¿Conociste a Pasionaria? ¿En qué frente luchabas? ¿Tuviste miedo?

- Yo cosí la bandera de mi pueblo -. Mi abuela hablaba desde un rincón de la estancia, sonreía como una niña a la que han pillado en falta-. Era una bandera grande y bonita. Luego vinieron unos soldados, pero de los nuestros, y se la llevaron para ponerla en el ayuntamiento. Me quedó muy bonita la bandera. - Esto último lo susurró, como si todavía guardara algo de pudor. O como si el miedo no hubiera terminado de salir de su cuerpo.

El recuerdo de mi abuela quedó suspendido en el silencio de la tarde. Podía sentir la brisa de aquella bandera republicana ondeando sobre mi cabeza.

- Íbamos al río los domingos.- Animado por la voz de mi abuela, comenzó a hablar él.- Había allí un árbol muy alto y subíamos para tirarnos al agua. Mis padres no querían que fuera, pero es que en verano hace tanto calor en Talavera ...

Ya, abuelo, pero eso fue antes de la Guerra ¿Qué recuerdas de la guerra? Anda, cuéntame algo ¿Recuerdas el día que comenzó?

Pero volvía a bajar la mirada al mantel. Aunque no quedaban restos de pan, él seguía apretando su dedo gordo y castigado de albañil contra

migas invisibles que se sumaban al montón.

- Yo sí me acuerdo -, mi abuela volvía a sonreír como la niña traviesa que todavía podía ser, mientras se alisaba la falda sobre las piernas -. Era Viernes, día de Mercado. Yo estrenaba un vestido que cosí con retales de cortinas.

- ¿Y qué pasó abuela?

- En el pueblo cosíamos los trajes de los soldados. ¡Y bien bonitos que nos quedaban! Estaban todos tan contentos y se les veía tan guapos con sus uniformes ...

- ¡Ja!- Mi abuelo volvía a mirar a Santiago a través de mí y se reía sonoramente - Menudo sopapo le dio mi madre a aquel gris hijo de puta- Su expresión era ahora de concentrada rabia- A mi madre le venían con el estraperlo. ¡A mi madre! ¡Pues menuda era Doña Paca!

Ya me conocía esa historia, me las conocía todas porque eran las de siempre. Pero dejé que volviera a hablarme del día en que toda su familia terminó en comisaría porque le buscaban, acusado de vender alpargatas de contrabando.

- Ya, abuelo, pero eso fue después de la Guerra. Háblame de la Guerra, anda.

Durante meses, traté en vano de conseguir algún testimonio personal de aquellos tres años. Me ponía muy triste pensar en todos esos momentos heroicos, perdidos para siempre en el laberinto de su memoria envejecida. Pero él seguía amontonando migas invisibles. Ni un nombre, ni un lugar, ni una lágrima me compartió. A veces yo misma le hablaba de la Guerra. Le contaba cómo comenzó, por qué la gente decidió levantarse en armas. Le hablaba de la España azotada por el hambre y sometida a los caprichos de unos dirigentes pervertidos, con la esperanza de que la rabia hablara por él. Pero nada, siempre recordaba el mismo árbol y las mismas alpargatas.

La demencia fue consumiéndole. Las arrugas se acentuaban al mismo ritmo que su cuerpo menguaba. Yo había perdido toda esperanza de saber algo de su Guerra. Entonces vino aquel doctor buscándome.

- Don Ángel pregunta por una de sus nietas. Dice que quiere hablar con la del puñito en alto, con la comunista.

Entré en la habitación y me senté a su lado. Tenía los ojos cerrados y la respiración aparatosa de quien está perdiendo el pulso con la muerte. Pegué el oído a su boca para escuchar aquellas últimas palabras, apenas más fuertes que un suspiro.

- Vivíamos mejor en la Guerra que con Franco.